

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 869

Alicante 13 de Agosto de 1887

Año XVIII.

OREMOS POR

NUESTRO SANTO PADRE LEON XIII.

ANTÍFONA.

Señor, guarda y dá fuerza á nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII para que prosiga siendo por muchos años el buen pastor de nuestras almas,

Y El Señor le haga bienaventurado en la tierra.

R. Y le libre de sus enemigos.

ORACION.

Dios y Señor Nuestro, que quisiste que tu siervo Leon XIII apacentara y rigiera tu Iglesia, mirale con benignidad para que, con la palabra y con el ejemplo instruya á los fieles que le están encomendados, y juntamente con ellos alcance la vida eterna.

Amén.

LA SANCION DE LA MORAL EN LA OTRA VIDA

(Continuación.)

Mas la justicia, para quedar plenamente satisfecha; no solamente pide que el culpable sea privado de todos los frutos de su crimen. Una voluntad que se pervierte decae por esto mismo de su dignidad, hace caducar sus propios derechos, caducidad que se comprende sin trabajo. En efecto, la fuente de todo derecho humano, es la necesidad ó por lo ménos la utilidad de tales ó cuales criaturas ordenadas con relación al fin último. Todo viene de Dios, que nos impuso un fin, nos prepara medios en sus criaturas, y nos dá consiguientemente el derecho de usar de ellas. Ahora bién, la voluntad que se pervierte disminuye, por esto mismo, su aptitud al fin. De aquí se sigue que los medios se sustraen á su uso en la misma proporción. Hé ahí porqué es perfectamente conforme al orden que el culpable sea privado, no solamente de lo que él ha pretendido obtener por el desarreglo

de su voluntad, sino además de otros bienes que no se le hubieran podido quitar sin injusticia si él también hubiese permanecido sometido á la justicia. Evidentemente, esta parte del castigo no tiene ya razón de ser cuando la voluntad ha vuelto á ser buena, es decir apta para conseguir su fin. Pero el mejoramiento del culpable, si bien podría ser la consecuencia de esto no podría ser el motivo. Así se cumple de un modo infalible la justicia eterna.

Esta doctrina, según se comprende, está llena de graves consecuencias.

Dios no ha renunciado un punto al dominio de sus obras; toda la creación es suya. Si ha dado el uso de ella al hombre, este uso no es absoluto, lo que sería insensato; sino uso arreglado por la ley, es decir, por el fin mismo del hombre. Todo uso fuera de esta línea trazada por el dueño de todo, es usurpación. Ahora bien, no hay usurpación contra la justicia eterna, contra Dios; el tiempo no prescribe jamás contra su dominio indefectible. Un día, una hora llega infaliblemente en que la restitución es inevitable, forzosamente impuesta si no es voluntaria, porque el orden debe finalmente triunfar. La satisfacción de la ambición, de la avaricia, de la sensualidad; del orgullo, de todos los vicios, son un uso desordenado de ciertas criaturas. Se sigue que el ambicioso, el avaro, el libertino, en una palabra todos los pecadores contraen, en el momento mismo en que se desborda su pasión, una deuda que se prende como con corchetes de acero á su persona: la muerte misma no les libra de ella; y es pre-

ciso que haya equivalencia rigurosa entre la deuda y el pago, porque la justicia eterna no conoce el poco más ó menos. En suma, la materia del pecado es el goce ilegítimo; este goce es el que ha de pagar temprano ó tarde. Más, un goce se paga con un dolor correspondiente; y así el dolor es el gran instrumento de la restauración del orden, el medio de la obra más santa; es el grande expiator del pecado.

Que nadie se engañe en esto. Desde que se entra en la vida racional, se abre, por decirlo así, una cuenta con la justicia eterna; el Evangelio nos autoriza á servirnos de esta metáfora. Siempre que usamos de las criaturas para otro fin distinto de aquel para que Dios nos las dió, contraemos una deuda grande ó pequeña, según la gravedad de nuestra infracción del orden. Bien puede uno hacerse el indiferente respecto á ello, pretextar los usos y necesidades de la vida, formarse una moral de circunstancias, probar á ponerse sobre la ley por medio de sistemas de filosofía; nada de todo esto nos dispensa de nuestras deudas ante la eterna justicia, nada de todo esto las extingue. Una sola cosa las satisface, el pago; y contra este pago no hay quiebra posible. Soberbios incrédulos, políticos sin escrúpulos, ladrones condecorados y llenos de honores, la Justicia eterna tiene puestos los ojos sobre vosotros: ella no se duerme jamás: pagaréis, pagaréis vuestras deudas, y las pagaréis hasta el último céntimo. Indigna á veces ver medrar á los malos. ¡Ay! más bien debería compadecerseles: cada uno de sus triunfos les imprime una marca secreta é inde-

leble que les designa para el látigo de la justicia eterna, cuyos golpes ella llama inevitablemente y administra con rigor.

¡Qué! hasta los mismos justos no son completamente justos; les sucede algunas veces no hacer uso de las criaturas conforme á todas las exigencias de la ley. ¿Su justicia les librará de la acción reparadora de la justicia soberana? No, ciertamente: la justicia eterna es perfecta; no se contenta con el poco más ó menos, le es esencial la perfección. El mismo justo tiene con frecuencia necesidad de expiación.

Reflexiónese sobre todo esto, y se comprenderá la profunda razón del dogma del Purgatorio y la sabiduría de las expiaciones voluntarias. Los espíritus fuertes se rien mucho de este artículo de fé y de sus prácticas; pero la burla no supone de ordinario alto vuelo de ingenio. La doctrina de la expiación por el sufrimiento da así la clave de muchas lágrimas vertidas aquí abajo, de muchos dolores que parecen inútiles. Es la justicia eterna que pasa y que hace servir los acontecimientos dolorosos al pago de las dudas por otra parte imprescriptible.

Hé ahí por qué Nuestro Señor ha dicho: *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* También ha dicho: *Malditos los que rien.* Esta es la doble enseñanza que contiene la parábola del rico epulon y de Lázaro. Aquél no tiene otro pecado que el de haber empleado sus grandes riquezas para gozar, como los animales, de placeres sensuales. Abusando así de las criaturas, él ha pasado de hecho, su existencia en el robo: es preciso que restituya; y

restituya por sus dolores, sin que pueda sustraer nada por medio de fraude. Lázaro, por lo contrario, lo ha pagado todo por su pobreza, y no le resta sino gozar, sin inquietud posible, de la perfección del orden ya inmutable en lo sucesivo.

(Se continuará)

REFLECCIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MUERTE.

(Continuación.)

Grandes reyes, grabad en vuestro corazon esta respuesta de Diógenes; meditad todos los dias esa nueva lección para aprender á conocer vuestra propia miseria. Vosotros marchais en triunfo hacia el sepulcro en pos del tren de vuestras ordinarias magnificencias.

Más apenas arribeis á este punto á impulso del continuado viento de vuestros suspiros, vuestra pompa desaparece, vuestra magestad os abandona, vuestra grandeza os dá el postrer adios, vuestra caída os iguala á cuantos estaban debajo de vosotros. Si dudais de esta verdad, ved y contemplad el deplorable estado á que están reducidos vuestros semejantes. Sus calvas cabezas no tienen otra diadema que la del horror que les cerca. Sus manos descarnadas no llevan otro cetro que un monton de gusanos, y todas las mi-

serias juntas forman la metamórfosis de su corte. Estos objetos palpables y sensibles son testigos irrefragables: preciso es pues, que vuestro espíritu se rinda al convencimiento de los sentidos.

Pero ¿qué prodigio es este de tanta maravilla? ¿No estoy viendo el numeroso ejército de Gerges, reducido y transformado en un puñado de polvo? Todo ese mundo de gente, que en otro tiempo cubría con su sombra una gran parte de la tierra, hoy no cubre en realidad un pie tan solo.

Dicen los matemáticos que todas las líneas tiradas desde el centro á la circunferencia son iguales. Reyes, Príncipes, abatid vuestro orgullo, vuestros vasallos marchan á la par de vosotros á la sepultura. Si la vida os daba la preeminencia, la muerte les dá la igualdad. Ya no hay lugar destinado, ni puesto que disputar. Vuestras cenizas y su polvo no forman todo junto sino un monton de hediondo cieno, cuya infeccion sirve de horror.

Léese de los Etiopes que sepultaban á sus reyes en un muladar. Con esto daban á entender que juntaban la sombra con su cuerpo, el efecto con su causa, el arroyo con su origen. Porque ¿qué otra cosa somos nosotros más que una masa de barro, desecada por el fuego de la vida, y desmoronada por el hielo de la muerte? Y en la postrer infeccion

á que la muerte nos reduce, el estiercol de nuestros cuerpos se inclina hácia el de la tierra como hácia su propio centro: de suerte que siendo concebidos por la podredumbre, ya no estraño que seamos sepultados en la infeccion.

La tierra, el polvo, y la ceniza siempre perseveran unos mismos, sea en un vaso de oro, en féretro de madera, ó en mausoleo de marmol. Reyes poderosos, por más que encubrais vuestras miserias en sepulcros magníficos, ellas no mudarán de naturaleza: jamás vuestros inmundos huesos perderán el horror y hedor que le son propios. Si esa hedionda masa llega á reducirse á polvo, y á éste le arrebatara el viento, el mismo viento está siempre cargado de maligna podre, que va esparciendo en mil lugares.

VIII.

Sobre el sepulcro de Alejandro, refiere Plutarco, que había esculpido un emblema, en que el Asia y la Europa aparecian vencidas y aherrrojadas en las cadenas de su cautiverio con estas palabras, que le servían de un nuevo trofeo: La victoria de Alejandro. ¡Vergonzosa victoria! ¡Triunfo funesto! porque ¿dónde, dónde están al presente sus palmas y laureles? No hubiera sido más razonable el grabar sobre su sepulcro este epitafio: La derrota, La humi-

llacion de Alejandro? Ese gran Monarca venció, sí, al mundo entero, más no habiendo podido vencer jamás su ambición, ella le quitó al fin la gloria que le había hecho adquirir. Príncipes poderosos, marchad á la conquista del universo, ¿de qué os servirán vuestras palmas y laureles? ¿De qué vuestros triunfos y victorias? si al fin habeis de servir de trofeo á la muerte? Si sois propensos á vencer y triunfar, vuestras pasiones os suministran objeto á todas horas.

Aquí yace el vencedor de los Persas, léase sobre el sepulcro de Ciro. ¿Pero qué esceso de desventura puede haber reducido á tan gran Monarca á tal esceso de miseria? El pretende se admire su pasada gloria ante el muladar en que está sepultado: quiere se adoren las grandezas de su vida sobre el altar mismo donde la muerte nos le representa por su víctima. ¿No es esta una vanidad más digna de compasión que de envidia? Sigamos trazando otros diseños.

Mujeres hermosas, entrad en ese cementerio, contemplad ese monton de huesos; miráos en ese espejo ¿qué os dice, qué os enseña? ¡Ah! él os representa tales como sois y tales como sereis. Empero si esto no obstante os dejais arrebatat en propia admiración contemplándoos bajo otro semblante lleno de atractivos y dulzuras; mirad que es la muerte

misma que se oculta bajo esas apariencias á fin de que no la veais y sorprenderos. Vosotros teneis lindos cabellos, que os cubren la cabeza, y la suya carecen de ellos; pero ¿no reparais que envidiosa os lo va arrancando poco á poco diariamente, y pone canos todos los que os deja, para que los arranqueis vosotras mismas?

Vuestros ojos, es verdad, tienen vigor y hermosura, y en los de la muerte no se ve otra cosa que el horrendo sitio en que les había colocado la naturaleza; ¿pero no advertis cómo la muerte con una acción continuada va empañando el lustre de tal belleza, para eclipsar en efecto esos pequeños soles imaginarios?

Vuestra tez es de azucenas, vuestra boca de rosas; y sobre el rostro de la muerte no aparece otra cosa que las espinas de esas flores; pero recapacitado que ella hace marchitarse la vivacidad misma de vuestro rostro, al paso que se marchita la azucena misma, y que el rosado color de esa boca dura tan poco como las rosas mismas. Por lo tanto, si hoy en algo os diferenciáis de ella mañana os asemejareis enteramente. ¿Pensais que no? Leed ese epitafio.

Aquí yace la belleza y el amor. Esta es la inscripción que Jacob hizo gravar sobre el sepulcro de su esposa, la hermosa Raquel; como observa la Escritura. Así, pues, bellas

señoras, muden al presente de lenguaje vuestras dulzuras y atractivos y no nos digan ya que sois hermosas, pues que la hermosura está sepultada en el sepulcro de la bella Raquel. Si vosotras haceis gala de vuestros rizados cabellos, cuyos lustreros encantos ofuscan los ojos y cautivan á un mismo tiempo las almas; tambien su blonda cabellera, esparcida en mil cadenas de oro, tenia el poder de aprisionar los corazones, y aún de despreciar el imperio sobre ellos. Y esto no obstante la naturaleza jamás pudo eximir de la podredumbre esta obra primorosa de sus manos. Yo quiero suponer que la magestad se deje ver en el marfil de vuestra tersa frente; la de Raquel era tan perfecta, que en vano se buscan términos, con que espresar su perfección; y sin embargo ya no es mas que ceniza. ¿Y dónde está esta ceniza? ha desaparecido también.

Abundad enhorabuena cuanto quiéreis en cualidades amables y atractivas: la bella Raquel las poseia todas soberanamente, y con todas ellas ha desaparecido. ¡Ay! qué espantosa catástrofe, qué terrible desengaño van á sufrir las beldades, y cuantas hechiceras gracias resplandecen en ellas! Polvo, tierra, ceniza, pasto de gusanos..... Este es su paradero.

Señoras, ¿osareis todavía titularos hermosas, después de haber asis-

tido con la imaginación y el pensamiento á los funerales de la hermosura misma? ¿Después, digo, de haber leído el epitafio que la verdad ha escrito sobre su sepultura? Yo convengo en que tengais mil dulzuras y otras tantas gracias: más al presente confesad al menos que los atractivos son tan débiles que el viento se los lleva, como si no estuviesen hechos de otra cosa, porque apenas nacen cuando les veis morir, y muriendo, el menosprecio que cada cual hace de ellos les dá más eficacia para mover á lástima, que para escitar el amor. Oid una historia, mujeres hermosas.

Reinaba en España el Emperador Carlos V, y habiendo ocurrido el fallecimiento de su augusta y amada esposa, escogió á San Francisco de Borja, duque de Gandia, para conducir su cadaver á Granada y depositarle en el sepulcro de sus antepasados. Encargóse Borja de ello, teniendo por un excesivo honor el mandato y comisión que habia recibido y la particular elección que su Magestad habia hecho de su persona. Apenas Borja hubo llegado al lugar donde debían celebrarse las postreas exequias de esta Princesa, procedióse á revisar y reconocer el cuerpo, según las ordinarias formalidades, que se acostumbra practicar en una acción de tanta consecuencia. Jamás se vieron tal horror y asombro juntos, ya en el ataúd

ya en el semblante de los espectadores. Búscase el cuerpo de la Princesa que presente está, y ninguno le encuentra, porque ninguno le reconoce. Su rostro, poco antes lleno de atractivos y gracias, igualmente que de magestad y dulzura, ya no es sino un monton de horrores, ante cuya podredumbre andan de tropel los gusanos, brotando de ella y renaciendo á cada instante otros nuevos. El resto de su cuerpo es así mismo el resto de los gusanos, que en tal presa han saciado ya el hambre.

Aquellos mismos que han envuelto la Princesa en su mortaja, no se atreven ya á sostener que es ella, y el mismo Borja á quien se ha confiado el cadáver, no sabe tampoco qué decir, hallándose tan confuso y atónito de una tan pronta y espantosa trasformación, que en aquella misma hora forma el propósito de abandonar el mundo, y despojarse de todas sus grandezas, pues no tiene poder para eximir su cuerpo de la corrupción.

Damas, no os dejéis sorprender más de la vanidad. Mujeres bellas, bien veis á qué extremo de horror y de miseria se ven reducidos vuestros atractivos y encantos. La más grande Princesa del Orbe, y una de las más bellas que hubo jamás, habiendo caído de su trono imperial en la sepultura, ni tan siquiera uno de sus vasallos la reconoce. Los gusanos después de haber borrado los linea-

mentos de su semejanza, la han sepultado é internado tanto en la infección, que ni aún en ella es posible encontrarla, no siendo otra cosa que podredumbre. Señoras, lectores, rendíos todos á las golpes de una verdad tan sensible.

(Se continuará)

VARIEDADES.

LA RESIGNACION PERFECTA

I

Lo que vamos á referir no es invencion nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas*, que brotan del corazon de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observacion, los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellisimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

Hé aquí cómo nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *Mochilero*, es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca, en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda, y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que como inmutables obras de Dios, á todo resisten. Acci-

dentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo, que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excusiones á que nuestras aficiones de jóven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo?—pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas, y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de V. se ha parado,—dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el Señor que le da cuerda,—replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve V. que á las doce salimos de la venta del Mimbral, y que por lo ménos llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come,—replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomarcs... ¿Ve V. allí las tres hermanas? prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orion; pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora despues, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hácia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé cómo ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama V. á esas estrellas, lágrimas de la Virgen?—pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino, vino;—contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese monton de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogian, y Dios las iba colocando en el cielo... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, víuosenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el

pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningun Rubens que la pinte, ni ningun crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón, que se complace en ver en María la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—¿Quién le ha contado á V. eso, tío Pellejo?

—Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos los saben nadie lo aprende... A mi no me lo ha contado *naide*; pero mire V., señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria; casi en este mismo sitio, un poco más hácia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años ha pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenia tres hijos: á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro... Chana (1) no tenia ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinar-se*... Yo disimulaba; pero tenia un *illo illo* en el cuerpo, que no dejaba sosegar, y me quedé con más som-

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

bra que una *jiguera negra*... ¡Misté yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde ví llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde léjos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de Africa, y por él se supo que de los tres míos había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; el segundo lo mató á traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastian, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le dí la noticia... La mujer se encogió, como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos se le desencajaron, y se puso más blanca que un papel.

—Vamos á Algeciras, Cristóbal,— me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luégo el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujaá* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo: creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo;

pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga!... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas. ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebo-sar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua; que bien merece que Dios mate á tu último hijo!

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías?—grité yo más furioso!

—¡Porque somos pecadores!— contestó con una voz, que parecía un juez sentenciando á muerte... ¡Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... ¡Cuéntalas, si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entónces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mi lloraste,—decía yo á voces; si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... ¡Madre de misericordia, cúbreme con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos á un cabo por Sebastian Perez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Perez,—dijo; entró el 25 de Mayo... Salió el 1.º de Junio..

—¿Y para dónde ha salido?—preguntó Chana.

—Para el Campo-santo, con los piés por delante,—respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—Vamos al Campo-santo,—dijo.

Y fuimos al Campo-santo; pero lo habian ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de lá puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde léjos la tierra que se comia á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una Misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé miéntras tanto, llo-

rando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas, sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana?—pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos?—dijo. Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal.... *Hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché á llorar como una criatura; porque, aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenia en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal,—me dijo con una voz que parecia cosa del otro mundo; habia un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenia mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entónces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo del Mimbral, y postrado ante la imágen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor!—decía alzando sus cruzadas manos. Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar!

¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de lo cosecha perdida, llamó a su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser!—dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor,—decía postrado ante la imágen; salva su vida!... No dejes á mi hija sin madre!... Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

—¡Cómo ha de ser!—se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—¡Señor!—decía, apoyando su frente en la reja; salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido...¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió á su casa esperanzado acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura á los pies de su madre.

—Perdí mi cosecha!... Perdí mi mujer!... Perdí mi hija!... pensaba Juan, volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada.. ¡Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo á la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan!—dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par..

El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana?—le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

A Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres días de verde,—me contestó. Desde entón-

ces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazon le sobraba, pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses despues estaba en la eternidad con sus tres hijos.

Yome quedé solo, Señorito; solo!... Solo y sin más ható que el de la botella; el tapon y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladron no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los Señores cuando vienen á tirar jabalies, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral, me asomo á la capilla y le digo.

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!.. Setenta años tengo ya... Señor! no se os olvide.

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como ántes dijimos, una bellissima «fábula ascética,» que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignacion. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfeccion sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo

en que le conocimos, un resto casi fócil de aquel antiguo pueblo español que á dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

Qué ha pasado por España, Dios mio?

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracan la poderosa vida que vivifica, y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolucion impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazon del pobre, para sembrar el gérmen de la terrible rebelion, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambicion que sólo pide el *pan nuestro de cada dia*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero tambien es cierto que á veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no sólo de lamentar el mal, sino tambien de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolucion impía y esas doctrinas disolventes, encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de

su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignacion* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios, para mantener y dulcificar el órden admirable de su Providencia

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciencia que le infundia la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿qué faltó primero en España?... ¿la caridad del poderoso ó la resignacion del desvalido?

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio, al pié de aquella imágen de Cristo, que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

—¡Señor, aquí está Juan!

BIBLIOGRAFÍA.

Historia de Santa Marta escrita en francés por E. de F. traducida al castellano por D. Pedro Juan Llorca, Pbro

Esta historia no es simple narracion de hechos, es verdadera historia-crítica en que el autor discute concienzudamente y con elevado

criterio los sucesos más principales de la vida y apostolado de la gloriosa «Huésped de Jesucristo» y de sus hermanos Lázaro y María Magdalena. Las tradiciones y creencias referentes á estos tres amigos de Nuestro Señor Jesucristo, sufrieron en los siglos pasados rudo ataque de parte de escritores jansenistas y de otros que temerariamente intentaron destruir la antigua tradicion de la Iglesia. Se llegó á dudar si María Magdalena era la misma Maria hermana de Marta, y la pecadora de que habla el Evangelio; si Maria Magdalena murió en Efeso, ó estuvo y murió en la Provenza con sus hermanos Marta y Lázaro; si éste fué Obispo de Betania, y otros varios hechos que hoy la crítica histórica ha puesto en claro dejando luminosamente probada la autenticidad de las antiguas tradiciones de la Iglesia referentes á los mismos. Los Provenzanos, nuestros vecinos, reivindicán justamente la gloria de haber tenido por primeros apóstoles de su fé en Jesucristo á estos tres hermanos que tan importante papel desempeñan en la historia evangélica, y el autor de la «Historia de Santa Marta» pone de manifiesto la ligereza y vanidad de la crítica incrédula, probando de manera que no deja lugar á duda, la verdad y autenticidad de las antiguas tradiciones. Forma la «Historia de Santa Marta» un tomo de cerca de 200 páginas en 4.º, lujosamente editado. La adornan dos hermosos grabados, uno que representa á nuestra Santa y otro un bajo relieve del sepulcro de la misma en Tarascon.

Precio: 2 pesetas. Hay unos pocos

ejemplares en papel especial á 3 pesetas.

Dirigirse á D. Pedro Juan Llorca Pbro. en Villajoyosa: á D. Vicente Calatayud, Mayor, 63.2.º en Alicante, y á las librerías de D. Pedro P. Martínez y de D. Vicente Lledó en esta misma capital.

Además de las fotografías y de la medalla conmemorativa del XV centenario de la conversión de San Agustín, celebrado en El Escorial, los religiosos agustinos misioneros de Ultramar, acaban de publicar, como número extraordinario, de sus *Revista Agustiniiana*, que desde este mes se llamará *La Ciudad de Dios*, un libro, perfectamente impreso en Valladolid, con 600 páginas de texto, orladas á dos tintas, cabezas de capítulo y letras iniciales de adorno; una bonita portada al cromo, con adornos, las armas de la orden y esta leyenda: «*Tolle lege*—Al eximio doctor de la Iglesia, luz del mundo, sol de la ciencia, columna de la fé, al glorioso patriarca San Agustín en el XV centenario de su conversión.—Homenaje de *La Revista Agustiniiana* (Huerta Gaviria); —un buen grabado representando al santo en actitud de escribir, copia del que existe en *La Vid* y se dice el auténtico, al pié del cual se lee: grabado por José Rico, pensionado por la escuela de las nobles artes de Cadiz, en Madrid, en 1880»; el elogio del santo, en latin, sacado de la Encíclica de León XIII. *Aeterni patris*: multitud de artículos y poesías, algunas de las premiadas en el certámen; y un grabado representando el bellissimo monumento á San Agustín, existente sobre las

reliquias del santo doctor en la Catedral de Pavía.

Hé aquí el sumario de la *Revista Agustiniiana*, correspondiente al día 5 de Julio de 1887.

I. Nuestro programa, por la Redaccion.

II. El Perfecto Predicador, Exposicion del Eclesiastés, obra inédita de Fr. Luis de León (continuación).

III. La Generacion espontánea, Memoria premiada en la Real Academia Gaditana de Ciencias y Artes; por el P. Fr. Justo Fernández (continuación)

IV. A un Erasmo de similor que habla todavía de la ignorancia del Clero, por el P. Leocadio Allo.

V. La Justicia de Dios, Cuento, por el P. Conrado Muiños Saenz.

VI. Bibliografía.—P. Uncilla: Vida de San Agustín; Prólogo del P. Conrado Muiños Saenz.

VII. Resoluciones y Decretos de las SS. Congregaciones.

VIII. Crónica del Centenario de la Conversión de S. Agustín.

IX. Crónica General.—Roma.—Extranjero.—España.—Local.

X. Miscelánea.

Sumario de *La Ciudad de Dios*, correspondiente al día 5 de Agosto de 1887.

I. Exposicion de Filipinas. Impresiones, por el P. F. Valdés.

II. El perfecto Predicador, Exposición del Eclesiastés, Obra inédita de Fr. Luis de León (continuación).

III. La Generación espontánea, Memoria premiada en la Real Aca-

demia Gaditana de Ciencias y Artes, por el P. Fr. Justo Fernández (continuación).

IV. Carta de S. S. León XIII al Emmo. Cardenal Mariano Rampolla, Secretario de Estado. — Circular del Emmo. Cardenal Rampolla á los Nuncios apostólicos.

V. Ad præstantissimum ac Rmum. Archiepiscopum Vallisoletanum, propter Provinciale Concilium feliciter inceptum, reverentissima gratulatio, por D. R. del B. V.

VI. Resoluciones y Decretos de las SS. Congregaciones

VII. Crónica del Centenario de la Conversión de San Agustín.

VIII. Crónica General.—Roma.—Extranjero.—España.—Local.

IX. Miscelánea.—El Concilio provincial de Valladolid.—A los escritores católicos españoles.

X. Observaciones meteorológicas.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media misa de la Virgen con renovaci6n y bendici6n.

En Ntra. Sra. del Cármen, á las seis y media misa de la Virgen, y al anocheecer habrá Rosario, á la misma hora todos los días de la semana.

En Santa María, á las ocho misa de la Virgen con renovacion.

Domingo.—En la Colegial á las ocho y media será la Conventual y demás oficios del día.

En las Capuchinas, á las cuatro de la tarde se dará principio á la nove-

na del Glorioso S. Joaquin, y después de esta la de Ntra. Sra. de la Asunci6n, terminando con los gozos y salve á la Virgen todos los días.

Jueves.—En la misma iglesia, á las 7 de la mañana, misa de renovaci6n y bendici6n después de la misa; y por la tarde á las cuatro las novenas antedichas.

EGIPTOLOGIA

Tres articulos del Abate Lorenzo de Saint Aignan; traducidos por don Vicente Calatayud, Catedrático del Instituto Provincial de Alicante.

Este folleto, de sumo interés en la actualidad, en que tan alto vuelo ha tomado el estudio de las antigüedades egipcias, se vende al infimo precio de 2 reales, en casa del autor Mayor, 63 2.º Alicante, y en las principales librerias de Madrid y Barcelona.

Historia de Santa Maria, escrita en francés por E. de F. traducida al castellano por D. Pedro Juan Llorca, Pbro.

Precio: 2 pesetas. Hay unos pocos ejemplares en papel especial á 3 pesetas.

Dirigirse á D. Pedro Juan Llorca Pbro. en Villajoyosa; á D. Vicente Calatayud, Mayor, 63, 2.º en Alicante, y á las librerías de D. Pedro P. Martinez y de D. Vicente Lledó en esta misma capital.

Imprenta de Antonio Seva.